

PROBLEMAS HISTORICOS DEL DESARROLLO Y ATRASO ECONOMICO EN LA EUROPA DEL SUR: ITALIA, ESPAÑA Y PORTUGAL 1830-1930



Trabajos considerados *: Cohen, Jon; Lopes Vieira, Antonio; Ringrose, David R.; Simpson, James: **La formación del mercado interior, agricultura, comercio y niveles de vida.** Hertner, Peter; Federico, Giovanni; Lains, Pedro; Gabriel Tortella, Leandro Prados de la Escosura y Antonio Tena: **El sector exterior.** Fenoaltea, Stefano; Reis, Jaime; Carreras de Odriozola, Albert: **La industria.** Fraile, Pedro: **La práctica del cambio tecnológico inducido: la industria española del acero 1900-1930.** Bonelli, Franco; Valerio, Nuno; Francisco Comin y Pablo Martín Aceña: **El papel del Estado.** Zamagni, Vera; Justino, David; Tedde de Lorca, Pedro; Núñez, Clara Eugenia: **Desequilibrios regionales.** Toniolo, Gianni; Reis, Jaime; Gabriel Tartella Casares y Leandro Prados de la Escosura: **Modelos de modernización.** O'Brien, Patrick: **¿Existe una tipología para la historia económica europea?** Todos ellos, presentados en el encuentro *Problemas históricos del desarrollo económico en la Europa del Sur: Italia, España y Portugal entre las décadas de 1830 y 1930*, dirigido por los profesores Gabriel Tartella Casares y Leandro Prados de la Escosura, celebrado en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Sevilla, del 3 al 5 de octubre de 1984.

293



Quizá sorprenda al lector que empecemos esta reseña por el final, por la última sesión de este encuentro sobre problemas históricos del desarrollo económico de la Europa del Sur, y rompamos



* Cuando las ponencias no tienen un título específico, las agrupamos dentro del título genérico de la sección en que se presentaron, remitiéndonos al contenido de la reseña para una mayor especificación.

así el orden que a los organizadores de esta reunión pareció lógico. No creemos, sin embargo, contravenir con ello el espíritu que dominó el encuentro, sino más bien al contrario hacerlo explícito de forma clara y directa al lector desde el principio.

La reunión, de algo más de una veintena de especialistas en la historia económica de Italia, España y Portugal durante tres días en Sevilla, en el marco de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, tuvo como objetivo primordial, no sólo la puesta en contacto directo de personas interesadas por un mismo quehacer histórico, siempre fructífera por la discusión que genera, sino la elaboración o cuando menos el planteamiento de un modelo que facilite una mejor comprensión de la historia económica de estos tres países a lo largo del siglo XIX, preocupación compartida por los organizadores y participantes en el encuentro. Este tema, complejo y apasionante, es el que se discutió con cierto detalle en la última sesión de la reunión titulada «Modelos de Modernización», y en la que participaron los profesores **Gianni Toniolo, Patrick O'Brien, Gabriel Tortella y Jaime Reis**, presentando los tres últimos ponencias de características muy diferentes.

Modelos de modernización

¿Se puede hablar de un modelo de modernización económica aplicable a estos tres países?, en otras palabras, ¿el atraso relativo de la Europa del Sur —de la que estos tres países no son sino una muestra representativa— y su posterior recuperación ya entrado el siglo XX, es un fenómeno que se explica en los rasgos comunes a estos países mediterráneos o hay que entenderlo como una mera coincidencia motivada por situaciones específicas muy distintas? Es, por tanto, el análisis de los factores que propiciaron la pérdida de terreno relativo en cada una de estas economías el que nos va a dar la clave de lo que hay de único y de común en los modelos de desarrollo de estos tres países. Por otro lado, es necesario destacar también el interés que el estudio de estos factores comunes a los países que se incorporaron tarde a la modernización, tiene para ayudar a comprender los problemas actuales de incorporación al desarrollo de los países del «tercer mundo» —América Latina, África, Asia Ecuatorial— y sus relaciones con los países desarrollados. En esta reunión se admitió la existencia de fuertes paralelismos en los procesos de modernización de

estos tres países, aunque algunos consideraron más significativo el paralelismo entre España e Italia que entre estas dos y Portugal. Quedó sin definir, por otra parte, ese modelo que aportaría mayor luz a los problemas históricos del desarrollo económico en estos países mediterráneos, aunque se perfilaron varias directrices que parecen prometedoras y se descartaron otras por inadecuadas. Entre las primeras cabe destacar, ya desde un principio, el peso de una tradición cultural común, y, por tanto, de unas instituciones parecidas, el problema de la escasez de capital humano, más agudo en unos casos que en otros, y las similitudes geográficas derivadas, en parte, de su mediterraneidad. Veamos los trabajos presentados con mayor detalle.

El título de la ponencia de **O'Brien** sugiere escepticismo, y este es precisamente su pensamiento sobre las tipologías existentes para la historia económica europea. Así, **O'Brien** es partidario de la utilización de la historia comparativa sin por ello dejar de ser consciente de las grandes dificultades que existen para encontrar un marco de referencia en el que puedan ser mejor entendidas las cada vez más sofisticadas historias nacionales. Esto le lleva a discutir en esta ponencia varios de los modelos de crecimiento aplicados a Europa, siguiendo algunas líneas de una polémica muy viva. **O'Brien** opina que la Primera Revolución Industrial es un caso especial y, por tanto, no es válido como paradigma para entender el desarrollo económico de la Europa continental; que la noción de discontinuidad en que se basa el modelo de *Rostow* del crecimiento por etapas no es válida para unos historiadores económicos que prefieren explicar las aceleraciones «como el resultado de una determinada situación política o el producto de un complicado proceso de cambio institucional y previa acumulación de capital físico y humano» (**O'Brien**, p. 10); que estudios recientes sobre países atrasados y no atrasados parecen invalidar en cierta medida el concepto de «atraso» tal y como lo entendió *Gershenkron*, pese a lo cual **O'Brien** considera que algunas de las líneas de investigación sugeridas por este autor pueden ser fructíferas. Así, en la segunda parte de su trabajo comenta **O'Brien** los estudios sobre banca y finanzas que, si bien no apoyan la tesis de *Gershenkron* sobre su importancia en los países atrasados, no por ello dejan de ser contribuciones significativas a la historia económica de estos países. Asimismo, se sorprende de que no se haya prestado más atención al papel del Estado, cuya importancia también sugirió *Gershenkron* y que en opinión de

O'Brien bien pudiera ser la clave del problema.

Las propuestas que se pueden extraer de la ponencia de **O'Brien** parecen ir orientadas a la necesidad por parte de los historiadores económicos de utilizar una combinación de indicadores y criterios analíticos para el estudio comparativo de las diferentes estrategias seguidas por los países europeos. Por otro lado, exhorta a que se preste mayor atención al comercio exterior y a los cambios en las ventajas comparativas, a la vez que se intenten desarrollar indicadores que midan la influencia de la política pública y de las variaciones en la ley sobre el crecimiento económico.

De una ponencia tan general como la anterior, se pasó a una muy concreta centrada en Portugal a cargo de **Jaime Reis**. En ella, el autor analiza un método muy apreciado por los nuevos historiadores económicos, el de los contrafactuales, para hacer un nuevo planteamiento de las causas del atraso portugués durante el siglo XIX. Considera, en primer lugar, insuficientes o inadecuadas las explicaciones tradicionales del atraso portugués (la estructura de la propiedad de la tierra, determinada, en gran parte, según él, por las condiciones de suelo y clima y, por consiguiente, muy racional —pequeña propiedad en el Norte y latifundio en el Sur—; la dependencia externa cuando, en realidad, ésta era insignificante y el crecimiento en esta etapa no estuvo dirigido por las exportaciones; y, finalmente, las estructuras mentales y sociales de la burguesía heredadas del antiguo régimen, argumento vago —¿cómo se define burguesía?— que no distingue causas de efectos). Plantea a continuación tres contrafactuales preguntándose qué hubiera pasado si: primero, se hubiera desarrollado una industria siderúrgica protegida (no hubiera podido contribuir en más de un 2 por 100 al PNB); segundo, se hubiera fomentado la industria de exportación —corcho y conservas—, dado que el mercado interno era muy limitado (la demanda internacional de estos productos tampoco hubiera sido suficiente), o tercero, hubiera aumentado la *dependencia* externa de productos primarios de los cuales el más prometedor era el vino (que, sin embargo, no podía competir con el de otros países exportadores como España). Concluye **Reis** que el atraso económico portugués del siglo XIX no podía haberse evitado porque no existían verdaderas alternativas —lo que también puede aplicarse, en distinta medida, a los otros países aquí estudiados—, aunque una mayor *dependencia* o inserción en la economía internacional hubiera sido beneficiosa —igualmente válido en los otros casos.

El tercer trabajo de esta sesión lo presentaron los organizadores del encuentro, lo que quizá explique en parte que planteara más abiertamente los temas sujetos a debate: ¿existe o no un *modelo latino* de modernización económica? y, en caso de que así fuera, ¿cuáles son los rasgos que lo definen? A la primera pregunta, los datos sobre renta nacional a partir de mediados del siglo XIX para Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia, España y Portugal permiten responder afirmativamente. Estos tres últimos países muestran un aumento de la distancia que les separa de Inglaterra a todo lo largo del período y que se detiene y empieza a disminuir lentamente antes de la segunda guerra mundial, acortándose las distancias claramente tan sólo después de esta gran conflagración. Dado que la recuperación de estos países, siempre en relación a los más desarrollados, como Inglaterra, es un fenómeno del siglo XX y que desborda por tanto los límites temporales fijados para este encuentro, los autores se plantean a continuación cuáles fueron los factores del atraso comunes a todos estos países. Para entender su selección de factores hay que mencionar su concepción del desarrollo económico «como el resultado de la interacción entre dos grandes factores: el entorno físico de un área determinada y la tecnología disponible, entre los cuales se interpone un elemento mediador, el conjunto institucional de la sociedad que habita el lugar» (traducimos)¹ (**Tortella y Prados**, pág. 5). Teniendo esto en cuenta, los autores señalan rasgos comunes a estos tres países que podrían en mayor o menor medida ser los responsables del atraso económico durante el siglo XIX: la cultura, derivada de una herencia común romana, y el medio físico, marcado por la mediterraneidad. El segundo de estos factores, el medio físico, hizo imposible que estos países adoptaran o importaran la Revolución Agrícola que había tenido tanto éxito en los países del Norte de Europa y en la que se basó más tarde su industrialización. Los factores culturales o institucionales, por su parte, son más difíciles de medir —especialmente, para historiadores económicos tan apegados a la cuantificación de sus estudios— y de comparar, a excepción quizá de uno, el analfabetismo, al que aún no se le han dedicado estudios suficientes. Las consecuencias del analfabetismo, tan elevado en los países latinos durante este período, son notorias para el histo-

295



¹ El original está escrito en inglés.

riador económico: «una población no educada es muy poco receptiva al cambio tecnológico importado, e incapaz de generar este cambio de forma espontánea» (traducimos, pág. 13). Una vez más se afirmó, pues, en esta reunión, la importancia del capital humano sobre otros a los que, tradicionalmente, se ha dedicado mayor atención —como el capital dinero, por ejemplo—. Las posibles causas del mayor nivel de analfabetismo en los países latinos quedaron tan sólo esbozadas. El argumento tradicional que responsabiliza a la Iglesia católica del analfabetismo dominante en los países en que este credo era dominante, en contraposición a los países de confesión protestante, donde la lectura directa de los textos sagrados favoreció la difusión del hábito de la lectura, es insuficiente. Países mayoritariamente católicos, como Francia y Bélgica, se encontraban más cerca de los países protestantes en cuanto a alfabetización se refiere, aunque no hay que olvidar tampoco que en ellos el poder material de la Iglesia había quedado muy disminuido desde comienzos del siglo XIX. También habría que tener en cuenta las limitadas inversiones en educación que podían efectuar unos países más pobres como estos.

Entre los factores que finalmente estimularon el cambio en estos países, los autores conceden mayor importancia al estímulo llegado de fuera en la forma de grano barato que: primero, fomentó el trasvase de la población de la agricultura hacia otras actividades más productivas y, segundo, favoreció la especialización en actividades agrícolas de elevada productividad y el abandono de las escasamente productivas.

La formación del mercado interior

Durante la primera sesión se discutieron cuatro ponencias —una sobre Italia, otra sobre Portugal y dos sobre España—, bajo el título genérico de «La formación del mercado interior (agricultura, comercio y niveles de vida)». Tres de los trabajos hacían especial hincapié en los cambios ocurridos en el sector agrario durante el período estudiado y sus repercusiones sobre el mercado interno, y tan sólo uno se centraba exclusivamente en los cambios del mercado. Como bien señalara el moderador de esta sesión, profesor *Nicolás Sánchez Albornoz*, el énfasis puesto en el sector agrícola se explica por ser esta actividad la de mayor peso durante todo el siglo XIX en estos tres países y, por tanto, la que determinará el grado de integración y desarrollo del mercado interno.

Así, una de las principales cuestiones que se debatieron fue el aumento o no de la productividad agrícola, su localización, tanto en el tiempo como en el espacio geográfico, las causas que lo motivaron o formas en que se llevó a cabo y, finalmente, sus consecuencias sobre el mercado de bienes de consumo, trabajo y capital. Veamos con algún detalle cómo resolvieron estos problemas los distintos ponentes.

Hasta hace poco tiempo era generalmente admitida la idea de que la agricultura de estos países mediterráneos había permanecido estancada, o apenas progresado en algunas áreas muy especializadas y localizadas —como la producción de vinos—, hasta bien entrado el siglo XX. Aún más, el «fracaso» de estos países en llevar a cabo una Revolución Agrícola semejante a la que habían experimentado los países del norte de Europa era considerado la causa fundamental de su retraso en relación con estos últimos. Los trabajos presentados por **Jon Cohen** para Italia y por **James Simpson** para España insisten en la tesis contraria: ambos autores insisten en la racionalidad de los sistemas agrícolas dominantes en estos países dentro de las condiciones socioeconómicas existentes y del marco natural de estas regiones. La racionalidad venía dada por la relativa abundancia de tierra y el bajo coste del trabajo agrícola, por una parte y por las condiciones climáticas y de suelo que no permitían el desarrollo de una agricultura mixta como en el norte de Europa, por otra. Si bien **Lopes Vieira** no discutió este punto en su trabajo sobre Portugal, los estudios llevados a cabo por **Jaime Reis** sobre este país sugieren que la situación era similar a la señalada por **Cohen y Simpson**. En segundo lugar, advierten estos autores la existencia de cambios en los métodos de producción y, por tanto, en la productividad de la agricultura. La magnitud del cambio, así como su ausencia en unos momentos y su auge en otros, la relacionan ellos con las condiciones de la demanda de productos agrícolas y no especialmente con problemas de oferta. Así, para **Simpson**, el principal obstáculo a la introducción de cambios en la agricultura española no era la existencia de unos productores incapaces —por falta de capital para invertir en mejorar la productividad de sus tierras o de preparación para advertir las posibilidades de cambio— o, como también se ha sugerido en ocasiones, apáticos y desinteresados —por ser su interés en la tierra social y no económico. La principal barrera para la agricultura estaba, en opinión de este autor, en la baja demanda interna de productos agrarios, dado que la mayor parte de

la población española se encontraba aún a nivel de subsistencia. La falta de incentivos del mercado hasta bien entrado el siglo XX retardó, pues, la introducción de los fertilizantes, el arado pesado, la expansión de las zonas irrigadas, etc. Por otra parte, el desarrollo de la demanda internacional de algunos productos agrícolas, facilitó una más temprana introducción de mejoras en estos sectores que se convirtieron así en los más dinámicos dentro de la agricultura española (**Simpson** dio algunos detalles del cambio en el sector vinícola y oleícola).

Cohen estudia la agricultura italiana desde 1861, año de la Unificación del Estado italiano, hasta 1925, año que cierra una etapa liberal —se inicia un período de autarquía bajo Mussolini— y que parece dar paso a una nueva etapa de estancamiento agrícola. La producción agrícola aumentó notablemente durante todo el período, si bien las mejoras en la productividad tuvieron lugar tan sólo a partir de 1897. La falta de estímulo por parte de la demanda tanto interior como exterior entre 1861 y 1880, así como ciertos cambios en la composición de la producción, con un mayor énfasis en el cereal, derivados de los nuevos aranceles proteccionistas, entre 1881 y 1896 fueron los principales obstáculos a la introducción de mejoras en la agricultura. El aumento de la productividad de la tierra y mano de obra a partir de 1897 lo atribuye **Cohen** a un mayor uso de fertilizantes e insecticidas, nuevas semillas, a una extensión de la irrigación y a cambios de organización que permitieron la adopción de nuevas técnicas, y, en menor medida, a la mecanización de los campos. Todo ello se vio favorecido por la nueva actitud del Gobierno hacia el desarrollo económico, que se plasmó en una serie de medidas a favor de la agricultura (difusión de la información, ayuda financiera, política comercial...).

El trabajo de **Lopes Vieira** sugiere, por su parte, un mayor estancamiento de la agricultura portuguesa que el señalado por los otros participantes para España e Italia. En opinión de este autor, esta falta de dinamismo del sector agrícola fue consecuencia, en gran parte, de la estructura del mercado interno —una suma de mercados de ámbito estrictamente local, organizados según las facilidades de transporte y la variedad de productos de cada región, y con dos grandes centros urbanos a los que abastecer, Lisboa y Oporto—, mercado interno que fue incapaz de compensar la pérdida del imperio (Brasil, en especial), el principal consumidor de productos portugueses hasta entonces. El estancamiento de la agricultura

se reflejó en un descenso de la población y en un alza de precios en general. La política gubernamental, según **Lopes Vieira**, poco decidida a favor del librecambio o del proteccionismo, tampoco favoreció el desarrollo de la agricultura en Portugal.

El último trabajo discutido en esta sesión, el de **David Ringrose**, planteaba el problema de la integración del mercado interno desde una perspectiva nueva en el campo. Este proyecto de investigación, del que adelantó algunas conclusiones preliminares, pretende averiguar qué sucedió en el interior de la Península Ibérica que favoreció el cambio económico, en lugar de plantear, como se ha hecho muy a menudo, por qué las dos Mesetas frenaron el desarrollo económico del país. El hecho de que hubiera realmente cambio en el interior lo indica el que las dos mesetas, que a finales del siglo XVIII apenas podían abastecer los 200.000 habitantes de Madrid, a mediados del siglo XIX hubieran cuadruplicado su producción y la hubieran reorientado a otros mercados, algunos tan lejanos como la propia Barcelona. A fin de averiguar dónde y cuándo la España rural del interior experimentó cambios estructurales que indicaran una mayor integración del mercado nacional, **Ringrose** se propone estudiar los cambios acaecidos en la red de centros urbanos entre 1787 y 1910. Ello le permitirá distinguir las áreas de mayor dinamismo económico de aquellas que permanecieron estancadas.

El sector exterior

La segunda sesión estuvo dedicada al tema del comercio exterior y fue moderada por **Gabriel Tortella**. La discusión, como algunas de las ponencias, versó, fundamentalmente, en torno a dos temas: por una parte, la importancia de los datos estadísticos disponibles en todos estos países y, por tanto, la oportunidad que suponen para el historiador económico; y, por otra parte, sobre los efectos de la conexión que existe entre el desarrollo del comercio exterior y el crecimiento económico, en especial a través de la especialización de estos países en aquellos sectores en los que tenían ventajas comparativas. Respecto al primer punto, surgieron dudas acerca de la fiabilidad de los datos, problema resuelto por algunos ponentes mediante la introducción de correcciones (como las efectuadas por **Prados y Tena** para España y **Lains** para Portugal), mientras otros autores consideraron innecesarias estas correcciones (el caso de **Federico** para Italia).

Giovanni Federico realizó un cauto pero inconcluso análisis acerca de la influencia del comercio exterior en el cambio ocurrido en la posición relativa de la economía italiana dentro del desarrollo del mercado mundial, centrándose en los cincuenta años que van desde la Unificación (1861) hasta la Primera Guerra Mundial. En estos años, aunque el comercio total (exportaciones e importaciones) presentó un crecimiento ligeramente inferior a la mayoría de los países europeos, se produjeron profundas modificaciones en la composición de las importaciones italianas, causadas, en opinión del ponente, por las diferentes tendencias de sustitución de importaciones y las crecientes necesidades de los diversos sectores industriales en desarrollo, sobre todo a partir de 1880. En este mismo sentido, la estructura de las exportaciones sólo pareció cambiar a partir de comienzos del siglo XX, consistiendo en sus comienzos, principalmente, en un incremento de las exportaciones de productos textiles.

Federico expresó sus dudas acerca de que las Relaciones Reales de Intercambio mejoraran en el período 1861-1895 y, por último, sugirió la necesidad de clarificar el crecimiento de las exportaciones italianas estimando su elasticidad en alguno de sus mercados y presentó algunos datos indicativos sobre el movimiento de las principales partidas de la balanza de pagos italiana.

La ponencia presentada por **Pedro Lains** se introdujo valientemente en el poco conocido sector exportador portugués realizando una serie de test econométricos que dieran respuesta a su principal preocupación: la dependencia interna o externa de los ciclos o fluctuaciones del sector exportador portugués. Las conclusiones de **Lains** parecen un poco apresuradas cuando afirma que la dinámica del sector exportador portugués es relativamente independiente de la economía mundial y viene determinada en mayor medida por las variaciones ocurridas dentro de la economía nacional. Su análisis fue más acabado cuando discutió la falta de capacidad del sector exportador para promover de forma más activa el crecimiento de la economía portuguesa entre 1842 y 1914. En su opinión, la falta de arrastre se debió a la existencia de un sector exportador decrecientemente competitivo que por su composición no pudo integrarse en las corrientes más favorables del comercio mundial.

El trabajo presentado conjuntamente por **Leonardo Prados, Antonio Tena y Gabriel Tortella** sobre el comercio exterior español partía de una definición de su postura en cuanto al papel positivo del comercio exterior en el proceso de

crecimiento económico, frente a aquellos historiadores económicos españoles que mantienen la hipótesis de una contribución nula. En opinión de los ponentes, existe evidencia en contra de los dos supuestos principales en que se basan quienes no creen en las ganancias del comercio exterior: 1) que existirían asignaciones más productivas en el interior para los factores de producción empleados en el sector exportador, y 2) que la economía española hubiera crecido a mayor velocidad de haber sido menor su comercio exterior. Así, entre 1830 y 1890, las exportaciones crecieron proporcionalmente más que la renta nacional y, por tanto, contribuyeron positivamente al crecimiento general de la economía.

Esto sucedió de varias formas: a) aumentó la demanda en sectores con tasas de crecimiento y productividades superiores al resto de la economía (producción minera y sus industrias, vino, cítricos y frutos secos); b) aumentó la propensión marginal al ahorro en estos sectores; c) se emplearon factores y recursos que no poseían usos alternativos a la exportación (por ejemplo, la utilidad marginal de los productos minerales en el mercado interior se aproximaría a cero); y, por último, d) se atrajo capital extranjero a los sectores exportadores, por ser los sectores más dinámicos y familiares para los inversores extranjeros (como fueron los sectores vinícola, ferrocarriles y bancos). Los ponentes concluyeron su trabajo afirmando que era razonable pensar, por tanto, que si el sector exterior hubiera sido mayor, en términos relativos, la renta nacional se habría beneficiado de ello.

Finalmente, **Peter Hertner** hizo una presentación oral, de la que se repartieron algunos cuadros y tablas acerca de las inversiones de capital extranjero en Italia en el período 1883 a 1911. **Hertner** presentó una novedosa información acerca de los países de procedencia y los sectores de destino en la economía nacional, a la vez que reflejó la diversidad en la distribución regional del capital extranjero. La conclusión más significativa de su trabajo es la contribución progresiva del capital extranjero, principalmente el británico, al período de mayor auge de la economía italiana centrado en el período que va de 1895 a 1911, ya que permitió la necesaria financiación del incremento de las importaciones. Por otro lado, es necesario destacar en esta ponencia, la importante aportación que supone para empezar a abordar con pasos firmes el difícil tema de la reconstrucción de una balanza de pagos italiana.

La industria

La tercera sesión abordó los problemas de la industrialización, centrándose, principalmente, en la cuantificación de los niveles de crecimiento industrial y en la búsqueda de las causas o modelos capaces de explicar algo acerca del atraso industrial relativo de las economías portuguesa, española e italiana. La sesión (en ausencia por enfermedad de *Jordi Nadal*), fue moderada por *Giani Toniolo*. La primera comunicación corrió a cargo de **Jaime Reis**, y consistió en una primera aproximación a los niveles de crecimiento de la industria portuguesa en el período 1870-1920, acompañada de una interesante interpretación sobre las razones de su tardío crecimiento. En primer lugar, presentó los primeros resultados de lo que será un futuro índice de la producción industrial portuguesa, comparable ya con los existentes para el resto de los países europeos. Este índice permite sacar la discusión del terreno de las impresiones y las vaguedades, autorizando a **Reis** a confirmar la sospecha de que el crecimiento industrial portugués no es un fenómeno exclusivo del siglo XX, y negar el supuesto de que la agricultura fuera el sector dinámico de la economía portuguesa, al menos después de 1870. El ponente afirmó el papel positivo desempeñado por la industria, aunque ésta no tuviera la fuerza suficiente para cambiar la estructura de la economía de una forma significativa. Por otro lado, la no coincidencia de los períodos de expansión de las exportaciones con los períodos de expansión industrial, parece romper también la tradicional idea acerca de la importancia de los cambios en los ingresos por exportaciones, como principal determinante del nivel de actividad industrial. Muy al contrario, los ciclos cortos que muestra el nuevo índice de **Reis**, sugieren que los cambios en la productividad en algunos factores, los niveles y dirección de los gastos gubernamentales, y principalmente las condiciones del mercado financiero portugués, fueron los factores que mayormente influenciaron la configuración del ciclo industrial. El ponente terminó exponiendo lo que a su parecer pudieron ser las causas del tardío comienzo industrializador portugués y de su relativo lento crecimiento posterior. En este sentido apuntó la importancia de la ausencia de demanda interna para las manufacturas portuguesas, dentro de un mercado fuertemente protegido, la deficiente provisión de conocimientos y técnicas (falta de inversión en capital humano), y el alto coste de los inputs de capital, como los factores más significativos que frenaron el progreso de la economía portuguesa.

Stefano Fenoaltea presentó una comunicación sobre la industrialización italiana entre 1861 y 1913. En ella revisó las interpretaciones de *Gerschencron* y *Romeo*, así como su propio trabajo, sobre la naturaleza del proceso de desarrollo italiano, mediante el análisis del papel del ferrocarril y de los orígenes de la inestabilidad cíclica de la industria italiana. En primer lugar, analizó brevemente lo que él considera el indicador más importante de una modernización económica: el crecimiento de la producción industrial. A su parecer, el índice de producción industrial es el que mejor aclara, a grandes rasgos, los ciclos de crecimiento de la economía italiana.

Por otro lado, en opinión del ponente, los modelos existentes para explicar estos ciclos, principalmente los de *Romeu* y *Gerschencron*, no parecen satisfacer a historiadores y economistas, ya que la propuesta central en ambos modelos —que la crítica discontinuidad del proceso de crecimiento italiano se debió a la limitada oferta de capital doméstico— no ha sido aún probada. En opinión de **Fenoaltea** la clave de estas fluctuaciones se encuentra, durante estos años, en el ciclo de la demanda de inversiones, cuyas variaciones pueden ser atribuidas a los cambios de las expectativas empresariales a la vez que a la influencia de las diferentes políticas económicas. En este sentido recordó también que la economía italiana no puede ser entendida si no es en su contexto internacional, y reclamó la necesidad de que futuras investigaciones aclaren los movimientos de capital y trabajo netos de la balanza de pagos italiana. Para terminar hizo una observación acerca de la posible importancia de la limitada oferta de agua en el sur de Italia como causa explicativa de su escasa industrialización.

La siguiente comunicación se centró en el tema de la industrialización en España y fue presentada por **Albert Carreras**. El ponente, basándose en la evolución y fluctuaciones del índice de producción industrial español, elaborado por él mismo, para el período 1831-1980, expresó sus opiniones sobre el carácter de la industrialización española, sus tasas de crecimiento por períodos, y la aportación de la industria al crecimiento económico. **Carreras** planteó cómo el cotejo de las tasas de crecimiento de la producción industrial y de la renta nacional demuestra la existencia de una aportación positiva de la industria al crecimiento económico, y cómo esto ocurrió a lo largo de todo el período considerado, siendo particularmente alta en los años que van de 1831 a 1860, apareciendo sólo neutra o ligeramente negativa en el período

1913-1935 (siempre que se utilice la serie de renta de *J. Alcaide*). El análisis de estos datos le llevaron a caracterizar a los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, al ser años de crecimiento excepcional, como «el arranque de la revolución industrial española».

Por otro lado, para **Carreras**, los años de estudio claves para resolver las causas de nuestro atraso económico contemporáneo son los años que van de 1935 a 1950, ya que en este período el ritmo de crecimiento industrial español fue tres veces inferior al de los países que menos crecieron, como Francia y Alemania. No siendo hasta el período de 1950-1974 cuando España conseguiría recuperar parte del terreno perdido respecto a Europa. **Carreras** concluyó su trabajo con algunas reflexiones de interés; que la industrialización española no comienza en el siglo XX, ni el siglo XIX puede ser caracterizado, por tanto, como un período de estancamiento industrial, que no parece existir paralelismo alguno entre la industrialización y el mayor grado de proteccionismo, y que tampoco puede haber una identificación total entre «franquismo» e industrialización.

300

La última intervención de esta tercera sesión, dedicada a la industria, corrió a cargo de **Pedro Fraile**. El ponente comenzó explicando cómo la inclusión del cambio tecnológico como elemento endógeno es la forma, por otro lado mayoritariamente aceptada, en que la teoría neoclásica explica el proceso de crecimiento económico. La teoría del cambio tecnológico inducido afirma que el ahorro de trabajo, en las tecnologías capital intensivas, es adoptado como respuesta a los incrementos en el precio relativo (respecto al capital) del trabajo. En este sentido intentó contrastar esta teoría con lo que ocurrió en la industria del acero y el metal en el primer tercio del siglo XX, cuando los países europeos menos avanzados, ante la constante expansión de las tecnologías del metal y del acero, tuvieron a su disposición una oferta importante de innovaciones tecnológicas, relativamente baratas de adaptar. Centrándose en el caso español, planteó cómo el coste unitario del trabajo en la industria del acero entre 1900 y 1930 fue sustancialmente más alto que la correspondiente media en el resto de Europa. De acuerdo con la mencionada teoría neoclásica de la innovación inducida, la industria española del acero debió haber adoptado, en consecuencia, métodos de producción más intensivos en capital. Esto no ocurrió así, y las tecnologías ahorradoras de trabajo no fueron adoptadas en España, la consecuencia que se desprende de este hecho, según expresó el ponente,

es que, al menos en el caso español de la industria pesada de 1900 a 1930, para realizar una completa explicación del cambio tecnológico es necesario ir más allá de los modelos microeconómicos que ofrece la teoría neoclásica. **Fraile** concluyó su sugerente estudio proponiendo la inclusión de factores exógenos, como los institucionales y las actitudes empresariales frente a la estructura del mercado, como elementos necesarios en la teoría del cambio tecnológico.

El papel del Estado

La tarde del jueves día 4 fue dedicada al análisis del papel del Estado en el crecimiento económico. La mesa estuvo presidida y moderada por *E. Malefaquis*. En esta sesión se examinó la distinta, pero en muchos aspectos coincidente, función de los diversos gobiernos en los procesos de modernización económica de Italia (**Franco Bonelli**), España (**Pablo Martín Aceña y Francisco Comín**) y Portugal (**Nuno Valério**). Los trabajos presentados por **Bonelli y Aceña-Comín**, se centraron principalmente en tres grandes aspectos de la intervención gubernamental: la política fiscal y monetaria, la política de protección frente al exterior mediante tarifas y el análisis de la legislación económica y derechos de propiedad que definieron el marco en que se desarrolló la actividad económica; a diferencia de éstos, **Valerio** concretó su estudio en el papel desempeñado por el Estado en la formación del sistema industrial portugués. Las tres ponencias hicieron el esfuerzo de abarcar el largo período de la modernización de estos tres países que va desde mediados del siglo XIX hasta la segunda guerra mundial. Por otro lado, en los trabajos de **Bonelli y Valério** se puso mayor énfasis, al analizar este largo período, en la suficiencia o insuficiencia de la intervención gubernamental directa como contribución al crecimiento económico, mientras la ponencia de **Aceña-Comín** hizo mayor hincapié en los avances llevados a cabo en la creación de un marco adecuado para el desarrollo económico. Asimismo todos coincidieron en que el estudio del papel del Estado en el crecimiento económico tiene un largo camino que recorrer, pero es sin duda un camino que va a cualificar mucho nuestro conocimiento del proceso de modernización de las economías del Sur de Europa.

Desequilibrios regionales

La quinta sesión estuvo dedicada a «Los desequilibrios regionales», y moderada por *Antonio Miguel Bernal*. La discusión fue viva, aunque, en opinión de algunos participantes, no aportó nada nuevo sobre el tema. Veamos por qué. La polémica se centró de entrada en la utilidad o no de la historia económica regional frente a la necesidad, quizá más apremiante, de llevar a cabo estudios a nivel nacional. **Patrick O'Brien** señaló las dificultades que la ausencia de estadísticas y la escasez de otras fuentes de contenido cuantificable a nivel regional para el siglo XIX suponen a la hora de hacer estudios regionales. En su opinión, el considerable esfuerzo requerido para subsanar este obstáculo no es rentable por lo limitado de los beneficios que aporta a un mejor entendimiento de la historia económica europea. Se multiplicaría el número de estudios pero no se ganaría una nueva perspectiva de los problemas. En esta misma línea, **Toniolo**, por su parte, insistió en que las diferencias regionales son un fenómeno natural y que, por tanto, no necesitan explicación en cada caso concreto.

A estas objeciones se opuso una defensa de la historia regional derivada, por una parte, de la existencia de distintos rasgos o modelos de crecimiento entre países de grandes disparidades regionales y países más homogéneos social y económicamente, diferencias que estudios a nivel nacional no revelan (**Vera Zamagni**), y, por otra parte, del interés que a la hora de entender el atraso o desarrollo relativo de distintas regiones tiene el estudio comparado de aquellas que comparten uno u otro estadio, en este caso la comparación de regiones «Mediterráneas» (**Clara Eugenia Núñez**).

Quedó sin resolver, no obstante, el problema de definición de la región, ya que, si bien quedó claro que en cada caso habría que proceder a la definición de la región en términos económicos por no ser representativa una definición administrativa o política, no pudo solucionarse la contradicción que implica la definición de región, concepto estático, en un contexto dinámico, el de crecimiento económico, problema señalado por **Jaime Reis**.

También en esta sesión se presentaron cuatro trabajos —uno sobre Italia, otro sobre Portugal y los dos restantes sobre España. De todos ellos parece deducirse que las diferencias regionales en cuanto a crecimiento económico no son un fenómeno que se originara en el siglo XIX, sino que tienen raíces anteriores, aunque también parecían

coincidir estos autores en señalar que los cambios acaecidos durante este período contribuyeron en gran medida a que aumentaran las diferencias. Así, **Vera Zamagni** en su estudio sobre Italia, indica que las diferencias entre el triángulo industrial del Norte, por una parte, y el Sur agrícola y el Noreste-Centro, en menor medida, por otra, ya existían antes de que todas estas regiones se integraran en una misma unidad política en 1861. Distingue, no obstante, entre las causas de esta diferenciación antes y después de la Unificación —derivadas, en su opinión, de unas distintas tradiciones culturales y administrativas las primeras, y de la inmovilidad del Sur y la falta de complementariedad entre las distintas regiones de la Península italiana las segundas. Las profundas diferencias regionales dentro del país, y no una supuesta actitud del Gobierno favorable al Norte, en perjuicio de otras áreas, fueron la causa de que una misma política tuviera consecuencias tan distintas a nivel regional en el desarrollo económico. Entre los fenómenos que marcaron la diferencia, señala **Zamagni** las dos guerras mundiales, que contribuyeron a la concentración de todos los esfuerzos en la zona más productiva del país, el Norte, que a su vez se vio favorecido por la inflación, la reconversión industrial y la reestructuración bancaria que siguió a ambas conflagraciones.

David Justino sugiere, en su estudio sobre Portugal, una división regional algo distinta de la tradicional —costa/interior—: el Sur Mediterráneo, polarizado por Lisboa; el Norte Atlántico, polarizado por Oporto, y el interior o prolongación de la Meseta Ibérica, sin ningún centro urbano dominante. La diferente identidad y coherencia regional se basa, a su juicio, en la distinta naturaleza de las funciones desempeñadas por cada área dentro de la región, así como en la distancia y facilidad de acceso al «centro» (Lisboa/Oporto) y a los mercados externos, lo que determina una jerarquía espacial sobre la que se asienta la región como tal. Defiende, pues, **Justino** una cierta autonomía de cada una de estas regiones que les permite satisfacer su propia demanda de bienes, trabajo y capital. Las diferencias regionales se manifiestan en los distintos sectores o actividades económicas: una distinta estructura de la propiedad y de la producción en la agricultura, una diferente organización industrial (industrias intensivas en capital en el Sur e intensivas en trabajo en el Norte), y una distinta contribución al comercio exterior (negativa la del Sur y positiva la del Norte).

Una vez más, los trabajos sobre España fueron

dos para esta sesión, uno de carácter general a cargo de **Pedro Tedde**, y uno de comparación entre dos regiones por **Clara Eugenia Núñez**. Según **Pedro Tedde** es muy difícil, casi imposible, realizar estudios regionales sobre la España del siglo XIX por la ausencia de datos disponibles. Las cifras que presentó (de tasas de crecimiento de la población, renta per cápita regional en 1755 y 1955, tasas de crecimiento de los saldos de cajas de ahorros, etcétera) le sugieren que a lo largo de los siglos XIX y XX ha habido en España una progresiva disminución de las diferencias regionales, lo que no ha impedido, por otra parte, que algunas regiones como Andalucía, Extremadura y Murcia hayan empeorado *relativamente*. **Clara Eugenia Núñez**, por su parte, planteó un esquema de análisis que permitiera determinar cuáles fueron los factores diferenciadores del desarrollo regional en dos regiones cuya economía se encuentra estrechamente vinculada al comercio exterior. Andalucía y Valencia, durante la segunda mitad del siglo XIX. En su opinión, los diferentes esquemas de desarrollo seguidos por ambas regiones hay que entenderlos como resultado de las diferencias socioeconómicas previas al auge exportador, así como de las distintas externalidades o efectos de arrastre de cada producto de exportación. Entre las muchas externalidades que podrían analizarse, en este trabajo se discutía la contribución del comercio exterior a la formación del mercado interno, a través de la distribución de la renta, y a la formación de capital humano, a través de la difusión de nuevas técnicas de organización y producción, y de la mejora de la educación en general.

Clara Eugenia NUÑEZ
Antonio TENA